Teléfono 531.

EL HERALDO DE MADRID

Teléfono 531.

25 ejemplares, 50 céntimos. DIARIO INDEPENDIENTE Número suelto, 5 céntimos.

Año II

SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado).
Madrid: Un mes, una peseta.—Provincias: Trimestre, 5 pesetas.—Antillas españolas y naciones convenidas, 10 pesetas.—Portugal: Trimestre, 8 pesetas.—En los demás países: Trimestre, 15.
La correspondencia al Director.—No se devuelven originales.

ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

Martes 3 de Marzo de 1891

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
25 céntimos línea en cuarta plana. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la
Administración, San Bernardo, 11,
y en el Almacén de papel de los Sres. Gallego y C.ª, Cor. San Jerónimo, 2

Núm. 125

ORGANIZACIÓN DEL SUFRAGIO

(PENÚLTIMO ARTÍCULO)

Más crítica.

Ya la prensa diaria ha recogido y comentado convenientemente la curiosa estadística electoral ordenada en Gobernación, acaso como descargo de conciencia, por D. Francisco Silvela.

No hay necesidad mayor de reproducir datos y cifras que han obtenido á tiempo la debida publicidad. Basta á la tesis de estos trabajos míos, el sencillo recuerdo de las anomalías que arroja la estadística, por donde se establece una vez más, cuán absurda é inconstitucional, cuán artificiosa y anticientífica y brutal organización es esta en que hemos reincidido y aplicado al ejercicio del voto popular.

He apuntado anteriormente las aberraciones del sufragio, funcionando por distritos, y el contrasentido que ofrecen 30.000 votos vencidos por 2.000 en la Península, ó por 70 en Puerto Rico.

Era necesario, empero, que el Sr. Silvela completara el cuadro y el argumento, y en efecto, de las cuentas—un poco, sin duda, echadas á ojo de buen cubero,—de las cuentas del Sr. Silvela, la persona menos dada á la aritmética y con más repugnancia á todo asunto político, bien ha podido deducir las enormidades cuasi bárbaras de la actual organización del sufragio. La estadística dice que un millón y medio de votos han podido hacer 260 diputados conservadores, mientras que 1.009.817 no han podido elegir ni un representante de oposición con los candidatos y los electores republicanos y fusionistas; el caso es doblemente peregrino, 140.759 electores han elegido próximamente 30 diputados republicanos. Pero 394.132 no han podido discernir la victoria á ninguno. Los liberales triunfantes suman 594.649 votos; los liberales derrotados 420.258, casi igual cantidad. Lo acontecido con los carlistas es más elocuente. Los cuatro diputados electos han obtenido 13.702 sufragios; los vencidos 420.258.

El cociente resulta, pues, de tan pintoresca sorpresa como cualquiera caja de cartón fabricada para entretenimiento de niños.

¡Y para esto han caído tronos, se ha derramado sangre de mártires y han puesto á contribución el entendimiento estadistas y pensadores, y los pueblos se han encendido en entusiasmo á la voz de sus tribunos!

Bien ha hecho el Sr. Cánovas en aceptar el sufragio; vive Dios que hombre de tan larga mirada y de tan extraordinaria sagacidad, no había de ignorar que el sufragio de 1891, siendo hijo legítimo de aquel otro sufragio tan felizmente invocado en 1876, maldita la dificultad que ofrecer podría, ni aun á espíritu tan cándido y escrupuloso como el de D. Francisco Silvela.

Electores sueltos y distritos cuidados como macetas de estufa; nada de clases, nada de organismos sociales hechos; nada de fuerzas activas, con vida y expresión propias, por virtud de cuya arranque é independencia, las imposiciones del poder se esterilicen, y por virtud de cuya suma orgánica, la representación nacional se integre con toda aquella plenitud que consientan las acciones humanas y las funciones políticas...

Un hombre, un voto, y un distrito, un diputado.

He aquí la sabia fórmula; añádanse á ella un poco de «sentido del derecho», unos cuantos gobernadores hábiles y otros cuantos serenos como los de Lillo, ¿y qué Gobierno será capaz de perder unas elecciones?

Habría en ello de poner decisión firme, y no podría conseguirlo.

Aun sin gobernadores, sin serenos y aun restablecido de su mal el famoso sentido del derecho, aconteceria lo que en tiempos de don Francisco Pi y Margall.

Disponiendo el caciquismo de la organización cerrada del distrito, sensible á toda presión y á toda influencia, falsearían los munidores y tiranuelos de aldea la elección, ya por interés propio ó de campanario, ya por represalias locales, ya por cualquier otro estímulo menos elevado seguramente que el que impulsaba los Gobiernos á fabricar artificialmente sus mayorías.

Unas elecciones no dirigidas por nadie desde Gobernación podrían producir diputados sin lazo de agradecimiento con los ministros; pero los pueblos con caciques conservadores, diputados conservadores darían, con la grave añadidura de traer al Congreso más pasiones, más intereses menudos, menos elevación de pensamiento que los diputados elegidos por recomendación ministerial, y los cuales, al fin y al cabo, obligan sus actos á las ideas, siempre más amplias, y á la responsabilidad, siempre mayor de un partido.

De tal suerte es esto exacto, que en el distrito representado por un diputado *cunero* hay más tranquilidad y menos violencias que en el distrito en donde vive y finca el diputado.

Aquél en definitiva sólo es una representación política; no recuerda los atropellos de ayer ni teme las venganzas de mañana; no tiene litigios con Pedro ni cuentas pendientes con Juan, ni tierras colindantes con las de Diego; todo lo que le une al distrito es—buena ó mala—una idea; sus esperanzas ó sus tristezas van á perderse en la corriente caudal de una gran masa, de un partido.

El diputado con fuerzas propias, con casa propia, ó con bufete propio, ó con majuelo heredado en el distrito, para evitar la tentación de lo injusto, para no acordarse de la cencerrada de «aquella noche,» de los tiros de «aquel día,» de las dos mil pesetas de «aquellos consumos,» de la paliza dada á «aquel sobrino,» necesita de una fortaleza de ánimo y de lectura tal de místicos y moralistas, que lo más corriente, no siendo el diputado rural ningún pozo de ciencia ni un San Francisco de Sales, es verle abandonarse con regodeo voluptuoso á la obra de reparación y de desquite en que colaboran alcaldes, guardas y estanqueros, y en que se trata de hacer bailar de coronilla á otros estanqueros, á otros guardas y á otros alcaldes.

La mentira sangrienta del sufragio hace recordar con cierta envidia la mentira del censo. La mentira funesta del diputado rural hace más simpática la mentira del *cunerismo*. Pero lo que conviene registrar es que por todos los lados nuestra organización electoral está hecha para que sólo triunfe el engaño.

Hay más: el régimen político vigente mantiénese por las determinaciones de las mayorías, y para dar forma al consejo de ilustres tratadistas, D. Antonio Cánovas y D. Augusto Ulloa llevaron á la ley electoral del 76 el principio de representación de los menos, estableciendo la triple elección de las circunscripciones, con más la elección por voto acumulado; pues he aquí que como señaló en elocuente y profundo discurso parlamentario mi compañero Rafael Comenge, al defender la elección corporativa, gremial y orgánica; he aquí como el sufragio individualísimo y universalísimo da en tierra con la razón de su propio origen, invistiendo por medio de inmenso número de abstenciones con la representación de los menos á los diputados, que una vez elegidos, se creen fieles intérpretes del régimen de las mayorías, cuando sólo lo son de las minorías.

Para que no falte milagro ni mácula á la tal organización del voto corporativo, se ha hecho una excepción en beneficio de una sola clase; me refiero á las Cámaras de Comercio, agrícolas é industriales. Pidió el partido conservador la consignación del principio, no por organizar científica y saludablemente el sufragio, sí como contrapeso político, como quien busca la posesión de un arma de combate. Y así ha resultado y resultará ello: las tales Cámaras ha habido precisión de crearlas á empellones, y las que han podido funcionar han elegido sus candidatos con iguales prejuicios de partido ó de interés de bandería local, con que suelen hacerlo los distritos; y cuanto al porvenir, ya se verá como en posesión del registro no habrá secretario de Ayuntamiento que no sepa dar forma á un colegio especial por donde se doblen las ambiciones, y con ellas las granjerías del caciquismo en los pueblos.

¿Por qué la doctrina comparativa dejó de extenderse al gremio (en la más lata acepción del término) y prescindiéndose de fuerzas verdaderas, que tienen su raíz en la entraña social, en la historia, en las costumbres, en las necesidades, se fué á buscar para la encarnación del principio una forma de asociación desde luego privilegiada y más que todo exótica, hasta el punto de que ha habido necesidad de que un ministro haga esas Cámaras como Dios hizo el mundo?

Culpa fué de todos, de conservadores y de liberales, y de los mismos republicanos, que quedaron tan anchos con que cada cual tuviera su voto, aunque el tal voto viniera á compartir con la carabina de Ambrosio la leyenda de las grandes cosas inútiles.

Porque fué culpa de todos, á nadie en particular me atrevo á asignarla; el mal está en el sistema individualista que aplicado al orden económico trae la concurrencia epiléptica, las huelgas, y á veces la desnacionalización del territorio, como sucede en la provincia de Huelva, y que, aplicado al orden político, trae la confusión y las revoluciones.

JULIO BURELL.

De todas partes.

Un notabilísimo truc de teatro va á ser puesto en escena en París, en la nueva revista *Paris-Port-de-Mer*.

Consiste en unas carreras de caballos de ilusión perfecta.

La escena figura la pista, con tribunas, espectadores, etc., y sobre ella pasan á carrera tendida tres caballos de carne y hueso montados por sus *jockeys* correspondientes.

El truc no es sencillo, ni mucho menos. He aquí en qué consiste:

La pista tiene 93 centímetros de ancho, y es un plano articulado de movimiento continuo que pasa por encima de la escena y que se mueve por un mecanismo semejante al de las correas sin fin de las transmisiones de fábricas y maquinarias. Es de materia vegetal, de fibra de coco y de abacá.

El movimiento rapidísimo que se imprime á esta pista obliga á los caballos á correr á carrera tendida; pero como el suelo huye bajo sus pies, no avanzan gran cosa.

Al mismo tiempo un telón de 90 metros de largo, enrollado á un cilindro, representando las tribunas y el público ordinario de los Hipódromos de París, va corriéndose en el fondo en sentido inverso á la dirección en que corren los caballos.

Por último: para que la ilusión sea completa y no quede omitido ningún detalle, las blusas de los *jockeys* se hinchan por medio de la corriente de aire que un ventilador proyecta contra los jinetes.

El príncipe de Bismarck acaba de ser objeto de una ovación.

El ex canciller del imperio alemán, habiendo ido días pasados desde Friedrichsruh á Hamburgo, para comer en casa del senador Monckeberg, la población le dispensó una acogida entusiasta.

Quisieron quitar los caballos de su carruaje y tirar de él.

La víspera de su marcha para Ninfenburgo, la reina Isabel fué á visitar al conde de Sanafé, que actualmente se halla enfermo de bronquitis.

Este acto de deferencia hacia uno de los más antiguos servidores de la reina Isabel II, hace tanto honor á la soberana como al visitado.

Los miembros del cuerpo diplomático cerca de la Santa Sede que han ido últimamente al Vaticano, no cesan de hacerse lenguas de la perfecta salud del Papa.

León XIII contó á uno de estos diplomáticos, que le manifestaba su alegría por verle en tan buen estado, que cuando sucedió á Pio IX no esperaba permanecer en la Cátedra de San Pedro arriba de cuatro ó cinco años, mientras que ya ha pasado más de la mitad de los años que acostumbran á estar en el pontificado los Papas.

Con efecto, León XIII entró el 20 del pasado mes en el año 14 de su pontificado.

Durante la entrevista diplomática no se habló nada del consistorio.

Este parece que se celebrará en el mes de Abril.

En él deberá León XIII nombrar varios nuevos cardenales, pues la muerte ha dejado vacantes muchos cardenalatos.

Ahora sólo hay, en el orbe católico, sesenta cardenales, debiendo ser el *plenum* setenta.

EL DESARME

Nadie sabe el origen, ninguno dice de dónde partió esa voz, y, sin embargo, el hecho es que esa idea, repercutida por toda la prensa, flota en la atmósfera y viene á ser la expresión de un ansia sentida en los actuales momentos en que todos los hombres, pensadores y no pensadores, comprenden, y por intuición adivinan, que no es posible sostener el peso de las armas; que esta paz armada es imposible y que la solución se impone.

La forma de llevar á cabo ese desarme parcial, es el punto difícil de la cuestión. Se discute el cómo y el cuándo, la oportunidad y las condiciones; pero en lo que todos convienen, en lo que la opinión está unánime, es que el problema tiene que resolverse de uno ú otro modo, porque la situación armada actual no puede durar más tiempo, so pena de arruinar inútilmente á Europa.

Que Francia en un desarme proporcional tema quedar bajo el peso de Alemania y se oponga á él; que Rusia por desconfianza dude también, etc., son cuestiones que el tiempo ha de vencer y que no han de servir de valla á la opinión, que si hoy avanza lenta y razonadamente, mañana se presentará como ola amenazadora que romperá todos los diques, saltando por las conveniencias particulares en persecución de un bien común.

Recordamos que hace dos años, sólo voces de guerra se oían por todas partes, creyéndose entonces llegado el momento de formidable choque entre Francia y Alemania. Así como hoy sólo se habla del desarme, entonces toda la prensa se ocupaba de los aprestos militares que llevaban á cabo las naciones, viendo la paz europea en eminente peligro, sin comprender que la opinión, abriéndose paso, ha de imponer su fallo á los Gobiernos, que más pronto ó más tarde veránse obligados á pactar ese desarme, al que aún hacen ascos, más que entusiastas, exagerados patriotas, que sin hacerse cargo de los progresos realizados todo lo ven bajo el prisma de un utópico romanticismo pasado ya de moda.

Y cuenta que con esto no queremos significar que la humanidad haya llegado á tal grado de perfección que las guerras sean imposibles y que la paz universal será un hecho; no, que por desgracia aún no vislumbramos ese ideal humano; pero no hay duda que en ese camino llevamos andado un buen trecho y que los guerreros han perdido ya el carácter de civilizadores que hasta ahora han tenido, para aceptarlos los pueblos no más que como recurso supremo é inevitable en la lucha por la existencia.

Cuando esa voz de guerra repercutía por todas partes, fuimos los primeros en lanzar la frase que hoy ocupa gran parte de las columnas de los periódicos y la mente de muchos pensadores, escribiendo los párrafos que hoy vamos á reproducir, no tanto por creerlos de actualidad y por satisfacción personal, cuanto por creer que todos estamos en el deber de aportar nuestro grano de arena para la construcción de ese gran edificio, símbolo y suma de todas las aspiraciones humanas.

«Vamos hoy á tener la osadía, decíamos, de remontar nuestro vuelo, discurriendo por más altas regiones, no sin antes reconocer que cuanto voy á decir no es producto de esos delirios de la mente, sino forzada válvula que tengo que abrir á mi profundo convencimiento de una idea que ha tiempo se agita y preocupa mi imaginación, y que no me he atrevido á exponer hasta después de bien madurada.

»Y temo emitirla, porque conozco la pretensión que encierra el querer predecir, y porque muchas de las ideas que bullen en mi cerebro, y de las que parte voy á exponer, se hallan en pugna, no diré con el sentir de los demás, sino con las manifestaciones que se hacen.

»Vivir en continuo estado de guerra, como hoy, sin los ardimientos propios del combate que ahoguen los instintos de conservación, es imposible, como imposible también que se desarrollen elementos de riqueza cuando falta la confianza y la seguridad, si no de resultados positivos, al menos de relativa tranquilidad.

»Pretender que sobre un volcán se establezca una industria; que en un terreno frecuentemente agitado por terremotos se fomente la agricultura y que en un país expuesto á derrumbarse se desarrolle el comercio, es una locura, y volcán y terremoto son las naciones que no viven, ni piensan, ni sueñan más que en formar ejércitos para la guerra. Por eso yo, sin ser profeta ni pretender plaza de adivino, os aseguro que muy en breve todo eso tendrá prudencial término, y que tras esas exageraciones militares vendrá la reflexión, el juicio que debe presidir á nuestra sociedad, y que nos aconseja que los pueblos no deben vivir para la guerra, y que es locura insigne sacrificar todos nuestros intereses para gastarlos en pólvora y plomo en un sólo día; y que sueño y utopía es pensar que no tenemos en el mundo más misión que la de guerrear y formar numerosos ejércitos que lleven la muerte á todas partes, cuando precisamente la humanidad se preocupa ardientemente en crear y fomentar sociedades humanitarias; cuando no contentos con eso, se fundan asilos para todos los seres racionales, se discuten las horas y edades en que han de trabajar, ¿y qué más? se hacen reglamentos y se piden leyes para imponer severas penas á los que maltraten á los brutos y las fieras.

»Por eso tengo la creencia de que la guerra entre Francia y Alemania no se hará; y hoy que veo esos alardes de fuerza; hoy que el mundo entero se halla consternado ante ese infinito número de combatientes que la prensa de todas las naciones hace desfilar ante su vista; hoy que las bocas de fuego han adquirido el último grado de desarrollo, y que el globo parece enorme fragua dedicada no más á producir en sus hornos todos los elementos infernales que han de destruir la humanidad; hoy que la civilización está más amenazada, tengo, ya no la creencia, la firme persuasión de que esa guerra no tendrá efecto, porque sueño y utopía es pensar que cuando la sociedad ha sufrido completa transformación; que en pocos años ha progresado, caminando hacia su perfección á pasos agigantados, según nos dicen á cada momento los mejores talentos de Europa, ha de venir la guerra á echar por tierra todas esas conquistas, envolviéndonos en ruinas y miserias. Sarcasmo horrible sería, del que no sé como no han protestado ya todas esas sociedades filantrópicas, siquiera para evitar el temor de que digamos son mentidas todas esas conquistas de que hacen alarde y falsos sus nobles propósitos.

»Y sin embargo, la palabra guerra está en todos los labios, muchos la creen inminente, y todos se consternan y tiemblan ante la idea de que pueda romperse el fuego por una y otra parte, porque los más ignorantes y los más sabios, si no aciertan á prever los resultados, tampoco les hace falta para comprender que en la lucha tiene que ser horrible la matanza, fabulosos los gastos, tremendas las consecuencias. Nadie sabe de parte de quién se pondrá la victoria, pero todos saben que la ruina de ambas naciones será un hecho; nadie podrá calcular cuántos serán los vencedores, pero todos se forman cabal idea de los duelos que han de resultar; nadie nos podrá decir lo que se va á ganar, pero todos se hacen cargo de lo mucho que se va á perder, y últimamente: en la conciencia de todos está que la responsabilidad del que dé el primer paso en esa fatal pendiente, aun siendo vencedor, llevará tras sí, no la satisfacción del triunfo, sino el remordimiento de la sangre vertida; no el laurel de la victoria, sino las punzantes espinas del tardío arrepentimiento; no la corona del vencedor, sino la maldición de la desolada humanidad.

»Por eso creo que ese estado de guerra ha de tener próximo desenlace; abrigo la profunda convicción de que esas naciones, como de seguir más tiempo así labran su ruina, el resultado á ese problema se impone rápidamente; pero también creo que esa colosal guerra no se ha de llevar á cabo, sino que terminará por medios que yo no me creo con conocimientos para analizar ni proponer; mas sí para decir que han de dar por resultado, si no el desarme general, el de gran parte de esos ejércitos que hoy causan nuestra admiración, y que sólo se concibe hayan llegado á ese insostenible estado influidos por un vértigo de sangre y pólvora que aún flota sobre nuestra atmósfera; pero cuya densidad llegó á los sentidos, abriéndolos á la razón, y que pasado este estado patológico de excitación, la reacción vendrá con la calma, y por ventura de todos, se verá la humanidad libre del azote que amenazaba envolverla en ruina y sangre.

»Yo bien sé que mientras la humanidad subsista, los ejércitos permanentes no pueden ni deben desaparecer; pero entre uno y otro extremo, entre la disolución de los ejércitos y las naciones armadas, existe un justo medio, que es el que nosotros ambicionamos, el que vemos muy próximo con el desarme proporcional que ha de resultar de este insostenible estado de cosas.

»¿Será esto un sueño? ¿Habrá algo de verdad en el fondo de cuanto digo? ¿Hallarán eco mis disertaciones en la conciencia de los que pueden precipitar ó terminar tan colosal lucha?... Misterios son estos que el tiempo se encargará de descubrir.»

Así terminábamos ese artículo, escrito en 1888, y desde entonces acá, ¡cuántas veces llegó á nuestros oídos la palabra *desarme!*

En Italia primero, en Francia después, en Alemania ahora; lo mismo en el Vaticano, que en la república, que en el imperio, esa frase se abrió camino y halló buena acogida en todos los corazones, rebelándose no más en algunas cabezas que aún no han hallado la *fórmula*.

Pero no hay duda; persistiendo la idea, ella se abrirá camino, y bien pronto lo que hoy se discute con apasionamiento y para muchos es utopía, mañana se trocará en salvadora realidad, saludando tan fausto acontecimiento con inmenso y profundo regocijo, y esculpiendo en letras de oro, en la historia de la humanidad, tan memorable fecha.

RICARDO CARUNCHO.

LOS VIRUS

El doctor S. Arloing, inteligente catedrático de la Facultad de Medicina de Lyon, acaba de publicar una obra interesantísima, *Los virus*, con la que se enriquece la *Biblioteca Científica Internacional*, tan estimada de los estudiosos. De seis partes consta el notable libro, en las que después de unas consideraciones generales sobre la naturaleza de los virus, expone el autor la biología de los microbios, el papel que desempeñan éstos en la propagación y producción de las enfermedades virulentas, la lucha del organismo contra los virus, extinción natural y destrucción artificial de la virulencia, impunidad del organismo contra ciertos virus y la atenuación y revivificación de los virus.

Ninguna rama de las ciencias naturales y médicas, como dice atinadamente Mr. Arloing en el *Epílogo*, ha provocado en un lapso de tiempo tan corto un número de trabajos tan grande. Algunos impacientes y pesimistas creen que esos esfuerzos no han producido más que escasos resultados. Pareció en los primeros años que la microbiología iba á iluminar todas las oscuridades, á descubrir las causas de todas las enfermedades y á poner á hombres y animales al abrigo de las afecciones virulentas mediante una vacunación apropiada. Ahora bien, dicen, han abortado la mayor parte de esas promesas.

Tales apreciaciones son injustas. Olvídase que no hace más que veinticinco años que empezó el estudio sistemático de los virus, y que no hace más que quince que entró en el camino que tan brillantemente recorre hoy.

¿Qué se puede exigir á una ciencia tan reciente y que tropieza aun á cada paso con adversarios que embarazan su marcha, valiéndose de hipótesis anticuadas, de sofismas y de consideraciones sentimentales ó económicas?

A pesar de todo, la bacteriología adelanta, de la cual ha sacado gran partido la cirugía. Tan pronto como Pasteur triunfó de los partidarios de la generación espontánea, demostrando que existen en el aire los gérmenes de todas las putrefacciones, ideó Lister el preservar las heridas de esos agentes nocivos. Los cirujanos han destruido los gérmenes en todos los objetos, y así tienen ahora, al operar, atrevimientos que sus antepasados hubieran calificado de imprudencias.

Al descubrir la microbiología la naturaleza parasitaria de muchas afecciones, ha enseñado también á los cirujanos la manera de atacarlas, con probabilidades de buen éxito, con la ayuda de antisépticos ó de otros destructores de los microbios.

Pero, en medicina, puede preguntarse: ¿qué es lo que ha cambiado la nueva ciencia de los virus? ¿Nos libra de las enfermedades infecciosas? ¿Nos enseña á curarlas?

En este doble concepto no ha sido estéril la microbiología. Permite que se dé al diagnóstico de varias enfermedades, como el cólera, la tuberculosis, el carbunclo, etc., una precisión que antes se desconocía. Ha demostrado, por ciertos ejemplos de inoculaciones preventivas, que puede luchar contra las epizootias y las epidemias. Y ha demostrado principalmente que cabe averiguar la causa de las enfermedades virulentas. En vez de un genio epidémico que siembra la muerte á su capricho; en vez de un efluvio imponderable, pone un microbio; esto es, un ser vivo, que se puede matar ó debilitar usando los medios que impiden la vida del protoplasma. Esta noción era indispensable á la terapéutica de las enfermedades virulentas. No basta, en efecto, combatir los síntomas de una enfermedad para tener la pretensión de curarla; se necesita atacar la causa. De aquí la institución de tratamientos racionales que abrazan el organismo, el microbio y sus secreciones tóxicas.

¿Cómo se hubiera conocido la causa de las enfermedades virulentas y su patogenia verdadera sin el auxilio de la microbiología en la acepción lata de la palabra? La noción de la causa patogénica permite que se organicen medios de defensa. Sabiendo que los virus están representados por elementos sólidos y vivos; sabiendo además que no nacen espontáneamente en el organismo, sino que penetran del exterior, se concibe la posibilidad de oponerse victoriosamente al contagio y de destruir los microbios virulentos fuera del organismo.

Medidas protectoras bien entendidas que se fundan en el conocimiento de la biología de los microbios, han hecho disminuir muchas enfermedades virulentas y desaparecer ciertas afecciones muy temibles. ¿Qué ejemplo más notable que el que nos proporcionan las casas de maternidad en donde es ya una rareza la septicemia puerperal?

Los trabajos modernos acerca de la fisiología de los virus, nos hacen conocer mejor el papel del enfermo en la transmisión de una afección virulenta, y la participación de los medios ambientes, aire, aguas, suelo y alimentos en la diseminación é inoculación de los virus.

Consecuencia de esto, el que la higiene pública y privada hayan progresado considerablemente en los últimos años. Nunca, exceptuando tal vez las grandes naciones de la antigüedad, se ha visto á las corporaciones doctas y á la Administración cuidar tan solícitamente de la salubridad de la calle y de suprimir los focos de materias orgánicas en descomposición que acompañan necesariamente á las aglomeraciones humanas.

Puede afirmar orgullosa la microbiología que ha comunicado el impulso á ese gran movimiento que caracterizará en lo porvenir la medicina de fines del siglo XIX.

No vacilamos en decir que la medicina no ha sacado hasta ahora de la bacteriología todas las ventajas terapéuticas que se esperaban, porque la bacteriología hace más que enseñarnos á curar las enfermedades infecciosas, nos enseña á prevenirlas.

Las estadísticas generales que ven la luz todos los años, nos muestran que la salud pública mejora y que la mortalidad disminuye, resultado que no advertimos á veces por observar en un campo muy reducido.

Más satisfactoria sería la mejora si el poder administrativo, en todas sus categorías, estuviese penetrado de la importancia de las prescripciones higiénicas, y sobre todo si no tuviera que luchar contra la inercia ó la incuria de las personas más interesadas en cumplir aquellas prescripciones.

A su obra utilísima ha añadido Mr. Arloing un *Apéndice*, en el cual examina detenidamente el tratamiento de la tuberculosis por el método del Dr. Koch.

RECOMPENSAS A ESPAÑOLES

Los regalos que manda el Gobierno inglés á los españoles que más se distinguieron en el salvamento de los náufragos del *Serpent*, han llegado ya á la Coruña á bordo del buque de guerra *Blanche*.

Según vemos en la prensa inglesa, hay entre ellos un reloj de oro con cadena para el alcalde de Javiña, y una magnífica escopeta de caza, con 1.000 cartuchos, para el cura del mismo pueblo, el benemérito D. Manuel M. Carreras, que es un gran cazador.

Por lo visto, en este reparto hecho directamente por el Gobierno inglés, habrá un poco más de justicia que en el de las felicitaciones que por encargo de la reina Victoria envió el Gobierno español á las autoridades y demás personas que habían prestado servicios en la triste ocasión del naufragio. Entonces se mandaron votos de gracias á una porción de gente que apenas había hecho nada, y se omitió por completo al héroe de aquellos días, al que había hecho infinitamente más que nadie, al cura D. Manuel M. Carreras, de cuyo comportamiento no se cansaban de hacer merecidos elogios los comandantes de los buques ingleses.

Este es otro caso en que los extranjeros son más justos que nuestro Gobierno con los méritos de los españoles. Porque, aparte de la reparación hecha al bondadoso cura de Javiña, la reina Victoria y el Gobierno británico se han apresurado á enviar su testimonio de gratitud á los héroes del salvamento, mientras nuestro Gobierno no ha hecho absolutamente nada para recompensarlos.

JUECES Y REOS

LOS ASESINOS DEL REY DE ITALIA

En la audiencia siguiente son oídos algunos testigos.

Uno de ellos, funcionario público, declara haber sabido, por medio de confidencias, que ha sido robada gran cantidad de dinamita en las canteras de mármoles de Carrara, y que esta dinamita había sido expedida á diversos grupos anárquicos de Italia.

El delegado de policía que arrestó al Pedroni, dice:

—Sé que Pedroni es jefe del partido anárquico llamado de *La Mano Negra*. La dinamita secuestrada en Perugia es parte de la robada en Carrara.

Otro agente de policía, el encargado de averiguar quién fuese el sujeto que hubiera expedido la dinamita, refiere sus pesquisas, diciendo:

© Biblioteca Nacional de España